

Quadernos del Sur

Año 17 - Nº 31

Abril de 2001

Tierra del Fuego

Competencia, lucha de clases y crisis. Acerca del nuevo debate Brenner

Alberto Bonnet

Introducción

La publicación de *The economics of global turbulence* a mediados de 1998 constituyó un acontecimiento intelectual importante.¹ Esto respondió a dos razones. Por una parte, este trabajo de Brenner constituye un ambicioso estudio de la evolución de la economía mundial de posguerra y de su crisis, caracterizado por su indiscutible calidad y profundidad intelectuales. Por otra parte, y debido a esa misma característica, el texto suscitó una amplia polémica entre los principales intelectuales marxistas –en particular, los anglosajones– de nuestros días. Bienvenidas sean ambas cosas que evidencian, dicho sea de paso, la continuada vitalidad del pensamiento marxista.

En este artículo analizaremos las principales líneas argumentativas de Brenner, poniendo especial énfasis en una serie de aspectos teóricos de sus explicaciones acerca de la dinámica de la economía de posguerra y haciendo referencias al debate suscitado en torno de las mismas. Para ordenar nuestra exposición aislaremos cada uno de esos aspectos teóricos importantes, aunque en el estudio de Brenner inevitablemente se encuentren entremezclados, y los analizaremos críticamente uno por uno.

La hipótesis general que Brenner propone para explicar esa dinámica capitalista de posguerra puede sintetizarse en su siguiente afirmación: “ofrezco una aproximación alternativa que toma como su punto de partida la naturaleza *no planificada, no coordinada y competitiva* de la producción capitalista, y en particular la indiferencia de los inversores individuales respecto de, y la incapacidad de tener en cuenta, los efectos de su propia búsqueda de ganancias sobre la rentabilidad de otros productores y de la economía en su conjunto”.² Esta presentación de su hipótesis indica ya dónde sitúa Brenner el eje de su explicación de la crisis del capitalismo de posguerra. “Desde este punto de vista –agrega–, la caída en la rentabilidad *agregada* que fue responsable del largo declive no fue tanto el resultado de un estrangulamiento vertical autónomo del capital por el trabajo, como de la sobrecapacidad y sobre-

producción (*overcapacity and overproduction*) resultantes de la intensificada competencia horizontal inter-capitalista" (pág.8, subrayados del autor).

El antagonismo dominante

El eje de la explicación de Brenner es, en efecto, la competencia "horizontal" entre capitales antes que el antagonismo "vertical" entre capital y trabajo. A la adopción de este eje de interpretación es ya inherente el hecho de que su objetivo principal de polémica sean las distintas teorías que interpretan la crisis desde las condiciones de la oferta (*supply-side explanations*, las denomina Brenner genéricamente) y, aunque de manera secundaria, de que deba diferenciarse asimismo de las explicaciones marxistas más tradicionales de la crisis (*la fundamentalist marxist theory*). Detengámonos en este punto para comenzar.

Brenner califica como "malthusianas" a ambas teorías mencionadas. Argumenta que sus énfasis en el decrecimiento de la productividad derivaría de la idea malthusiana-ricardiana de que las crisis características del capitalismo responden a una decreciente productividad del trabajo. Brenner se refiere, naturalmente, a las perspectivas para la acumulación capitalista que Ricardo –antes que Malthus mismo– derivara de su teoría de la renta. Es interesante advertir que acaso sea éste el único punto dónde este estudio de Brenner remite a la problemática de sus investigaciones previas acerca de la transición del feudalismo al capitalismo: mientras que las crisis precapitalistas serían crisis de subproducción, afirma, las capitalistas serían crisis de sobreproducción.³

Pero examinemos esas diferencias más de cerca. Las explicaciones marxistas tradicionales mencionadas por Brenner son las asociadas a la idea de una caída en la tasa media de ganancia derivada del aumento de la composición orgánica del capital (Brenner remite a A. Shaikh). La objeción de Brenner a esta explicación no consiste, en realidad, sino en una rápida recuperación de las objeciones a la misma formuladas por el marxismo analítico (remite a N. Okishio y J. Roemer). Poco es lo que aporta Brenner en este punto.⁴

Las explicaciones de la crisis desde las condiciones de la oferta en cuya crítica se concentra Brenner son, por su parte, las asociadas a la idea de un estrangulamiento de las ganancias derivado de un aumento del salario real a tasas superiores a las tasas de aumento de la productividad del trabajo, en un marco de relaciones de fuerza favorable a la clase trabajadora, normalmente derivado del pleno empleo. Mientras A. Glyn y B. Sutcliffe de la escuela del *profit squeeze* serían los exponentes puros de este enfoque, Brenner



lo hace extensivo a los análisis de las contradicciones del keynesianismo de las escuelas de las *estructuras sociales de acumulación* de Bowles, Gordon y Weisskopf y de la *regulación* de Aglietta, Boyer y Lipietz. El punto de contacto entre ambas explicaciones, finalmente, estaría para Brenner en que ambas rastrean la raíz de la crisis en la productividad del trabajo y sus consecuencias sobre las ganancias.

Dos son las objeciones de Brenner contra esta última interpretación de la crisis desde la oferta. La primera se dirige contra la idea de que un proceso de acumulación capitalista que conduce al pleno empleo reduzca la rentabilidad y la segunda contra la idea de que, aún cuando la redujera, dicha reducción de la rentabilidad pueda explicar un declive económico perdurable en el tiempo.

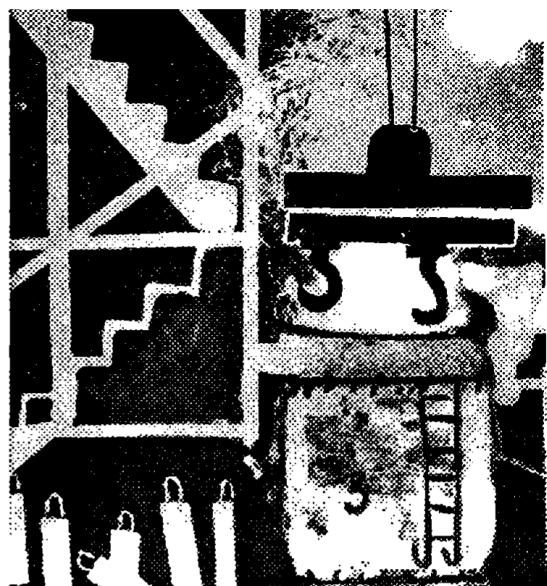
La primera objeción es, sin duda, la más importante desde un punto de vista teórico. Su clave radica en la idea de que la tendencia hacia el pleno empleo no sólo tiende a incrementar los salarios, sino también la utilización de la capacidad instalada, la producción, las ventas y, por consiguiente, los beneficios. Se trata de una idea de cuño kaleckiano.⁵ En caso contrario, el incremento de los salarios conduciría a un proceso de sustitución capital-trabajo y/o a un aumento de la oferta de trabajo vía inmigración de fuerza de trabajo o exportación de capitales. "En resumen –concluye Brenner–, no puede asumirse que una tendencia al pleno empleo planteará de ninguna manera directa un estrangulamiento de las ganancias" (pág.18). La segunda objeción responde a la idea de que en el largo plazo el capital respondería a un tal estrangulamiento de las ganancias con una reducción de la inversión y, por ende, este mecanismo sería incapaz de explicar un declive de largo aliento. Además, argumenta Brenner, un estrangulamiento de las ganancias derivado de un aumento de salarios depende siempre de variables sociales e institucionales particulares y, en consecuencia, este mecanismo tampoco puede explicar un declive generalizado y simultáneo de la rentabilidad en la economía mundial.

Estas objeciones de Brenner no son, empero, tan concluyentes como parecen a primera vista. En primer lugar, los mecanismos de ajuste que Brenner menciona cuando confronta con la idea de un estrangulamiento de las ganancias derivado de un aumento de los salarios reales no pueden

asumirse con esa suerte de automatismo que Brenner les atribuye. Estamos en presencia de mecanismos de ajuste de una evidente complejidad: realizar inversiones netas en capital fijo en unas condiciones de rentabilidad menguada, exportar capitales desde economías avanzadas hacia regiones más atrasadas o incorporar trabajo más barato, aunque presumiblemente menos productivo, con las consiguientes restructuraciones de los procesos de producción que ambas cosas implican. Resulta algo paradójico, además, que Brenner dé por sentada la intervención automática de estos mecanismos de ajuste contra un estrangulamiento de las ganancias derivada del nivel de salarios reales y más adelante –como veremos– considere como prácticamente inoperantes los mecanismos de ajuste contra una declinación de las ganancias derivada de un exceso en la capacidad instalada.

La idea de que el capital respondería a tal estrangulamiento de las ganancias con una reducción de la tasa de inversión, en segundo lugar, es perfectamente aceptable en sí misma. La relación que Brenner establece entre este mecanismo y la imposibilidad de explicar desde la oferta una crisis de largo aliento, sin embargo, resulta poco evidente. En efecto, así como semejante reducción de la tasa de inversión restringiría la capacidad de creación de nuevos empleos de la economía, conduciría a un nivel de empleo inferior al pleno empleo y presionaría hacia la baja sobre los salarios, también conduciría a una reducción de la masa de trabajo explotado y a una ralentización en la tasa de aumento de la productividad de dicho trabajo (y el propio Brenner admite reiteradamente esto a propósito de los 80), de manera que sus consecuencias respecto de la evolución de la rentabilidad y la crisis permanecerían en principio indeterminadas. En otras palabras, y esto es verdaderamente importante, la fuga del capital respecto de unas condiciones de rentabilidad que se han deteriorado no conduce automáticamente a un mejoramiento en dichas condiciones de rentabilidad.

Sin embargo, la objeción central de Brenner es la de cuño kaleckiano pues afecta directamente a la naturaleza del nexo entre empleo y rentabilidad. En tercer lugar, entonces, es preciso hacer algunas precisiones acerca de la misma. La idea kaleckiana original se refiere específicamente a un marco de pleno empleo alcanzado mediante una expansión del gasto público (antes que mediante la contratación privada) y se aplica al corto plazo. Am-



bas especificaciones son importantes. Los capitalistas, a pesar de la tendencia a un incremento de los salarios que desembolsan, gozarían en este caso de un aumento en la demanda agregada originado en niveles de empleo incrementados exógenamente por el Estado –e incluso este gozo tiene claros límites, indica Kalecki. Y además podríamos agregar que esos capitalistas gozarían así de un aumento de corto plazo en su masa de ganancias, pero no de un aumento de su tasa media de ganancia de largo plazo que es, justamente, la que es impugnada en las grandes crisis. Cualquiera sea nuestro juicio particular acerca de esta hipótesis kaleckiana, Brenner parece pasar por alto estas especificidades de la misma.

Pero las cosas son aún más complejas porque, en algunos pasajes, incluso la propia interpretación de la crisis por parte de Brenner no parece alcanzar a diferenciarse nítidamente de los mecanismos implicados en una interpretación de la crisis derivada del estrangulamiento de las ganancias.⁶ Veamos algunos ejemplos.

En el segundo capítulo centra la relativa falta de dinamismo de los EEUU de la inmediata posguerra (su pérdida de competitividad internacional por un aumento de los costos debido a los altos salarios reales combinado con un retroceso de la productividad del trabajo debido a un retroceso de la rentabilidad y las inversiones en torno a la Guerra de Corea) en los altos niveles de salarios reales norteamericanos en relación con los bajos niveles salariales, reprimidos por los gobiernos y las autoridades de ocupación, vigentes en Japón y Alemania. Y más adelante explica la recuperación norteamericana de principios de los 60 a partir de una recuperación de la rentabilidad derivada de una reducción de costos, derivada a su vez del asalto sobre el movimiento sindical, mientras los salarios alemanes, y posteriormente los japoneses, comenzaban a ascender.

En el tercer capítulo, justamente cuando analiza el origen de la crisis en EEUU entre 1965 y 1973, Brenner advierte que durante ese período los salarios cayeron y no hubo descenso de la productividad, al menos hasta 1973. Escribe, coherentemente con sus objeciones a la interpretación del *profit squeeze*, que “la emergencia de la resistencia de la clase obrera en las tres economías en este período fue más una consecuencia que una causa de los problemas de rentabilidad” (pág. 94). Y afirma que la relación entre pleno empleo y rentabilidad fue la antes citada relación kaleckiana de mantenimiento o incluso aumento de las ganancias debido a un aumento de la utilización de la capacidad instalada, la producción y las ventas que compensa el aumento del salario real. Desde entonces, esa relación viraría hacia su contraria, una relación entre desempleo y caída de la rentabilidad. Pe-

ro tampoco en este pasaje puede Brenner diferenciarse plenamente de la interpretación del *profit squeeze*. En efecto, enfatiza en “la caída en la rentabilidad originada en la incapacidad de los industriales norteamericanos de realizar plenamente sus inversiones debido a la creciente presión a la baja sobre los precios resultante del imprevisto ingreso al mercado de productores de costos más bajos, especialmente del exterior” (pág. 102). Pero entonces agrega que “no el crecimiento de los costos en sí mismos, entonces, sino la incapacidad de los industriales norteamericanos de remarcar (*mark-up*) suficientemente sobre los costos, dan cuenta de casi toda la caída de la rentabilidad industrial” (pág. 103). En otras palabras, esto significa que los industriales norteamericanos resultaron incapaces de recuperar su rentabilidad reduciendo el salario real inflacionariamente, mediante aumentos de precios, debido a la restricción impuesta por la competencia internacional. Y esta no es una explicación muy diferente de la que Sutcliffe y Glyn proponen de la crisis británica.⁷

No menos ambigüo es Brenner cuando afirma que “en ausencia de la presión del trabajo, el salario real ciertamente podría haber caído significativamente más rápido de lo que lo hizo, y la caída en la rentabilidad podría haber sido reducida en consecuencia. Pero argumentar que la resistencia obrera incrementada evitó un mejor ajuste por parte de los capitalistas a la declinación de la rentabilidad está lejos de verla como la raíz de esta declinación” (pág. 111). Pero no está tan lejos porque, en definitiva, Brenner está utilizando las mismas dos variables fundamentales –el nivel de los salarios reales y los límites al *mark-up* impuestos por la competencia intercapitalista– que emplean los partidarios del *profit squeeze*. La distancia se ve reducida entonces, a menudo, a una cuestión de énfasis: mientras que los partidarios del *profit squeeze* enfatizaron en la presión autónoma de los salarios nominales sobre los beneficios, en condiciones de *mark-ups* restringidos por la competencia intercapitalista, Brenner enfatizaría en la presión autónoma de la competencia intercapitalista sobre los precios, en condiciones de salarios nominales inflexibles a la baja.⁸

Pongamos ahora entre paréntesis todos estos reparos nuestros respecto de las objeciones de Brenner contra las interpretaciones de la crisis por estrangulamiento de las ganancias, interpretaciones que, por lo demás, tampoco nosotros compartimos. Es mucho más importante remarcar que, aún cuando esas objeciones fueran concluyentes, no justifican el mencionado desplazamiento que realiza Brenner, del antagonismo de clases hacia la competencia intercapitalista, como centro de su explicación de la crisis. En su formulación originaria, la interpretación del *profit squeeze* se nutrió de

una matriz ricardiana centrada en la disputa sobre el reparto de la productividad del trabajo entre salarios y beneficios, en la esfera distributiva y necesariamente en el marco institucional de estados-nación particulares (aunque por fuera de esa matriz ricardiana, las escuelas de las *estructuras sociales de acumulación* y de la *regulación* sean en parte afines a este tipo de explicaciones).⁹ Esa matriz es ciertamente deficiente. Lo que es impugnado en las crisis capitalistas es la propia valorización del capital, es decir, de capacidad del capital de explotar al trabajo, y esa impugnación no sucede esencialmente en la esfera de la distribución sino en la producción misma. A la crítica de las limitaciones de esta matriz ricardiana poco contribuye de hecho Brenner (y poco podría contribuir) debido a su callada prescindencia respecto de la teoría marxista del valor.¹⁰

Ahora bien, la disputa sobre el reparto de la productividad del trabajo entre los trabajadores y los capitalistas fue, sin duda, una modalidad particular del antagonismo entre capital y trabajo que jugó un papel central en el marco igualmente específico del capitalismo de posguerra. Pero aún así, dicho antagonismo nunca puede reducirse a esa disputa en la esfera distributiva, ni siquiera en ese marco del capitalismo de posguerra.¹¹ Desde la perspectiva de un economista más o menos heterodoxo, la lucha de clases puede reducirse a un asunto de sociólogos, a una noción que puede limitarse a invocar si desea considerar al salario como una variable exógena en sus modelos. Desde la perspectiva de un marxista, en cambio, la lucha de clases aparece como derivado de un antagonismo entre capital y trabajo que es inherente a la propia forma-valor y, por consiguiente, a todas las formas que adoptan las relaciones sociales capitalistas y a las categorías con las que intentamos aprehenderlas.

El marxista puede considerar entonces que las luchas sociales en torno al salario indirecto y a las políticas de bienestar, a las condiciones de trabajo y al control sobre la organización y los procesos de trabajo, entre otras, fueron piezas claves del antagonismo capital-trabajo en el capitalismo avanzado de posguerra. Y que también las luchas antimperialistas fueron piezas claves de dicho antagonismo en los capitalismos de posguerra más atrasados y dominados por las multinacionales. Puede sostener, además, que todas estas expresiones del antagonismo global entre capital y trabajo acarrearon consecuencias sobre la valorización del capital y la evolución del capitalismo a una escala igualmente global. Una constelación o, si se prefiere, un arco iris de luchas, que van desde los sabotajes de Turín –pasando naturalmente por las huelgas salariales de masas– hasta las nacionalizaciones de La Habana, se esconde, en este sentido, detrás de la crisis del capitalismo

de posguerra. Este antagonismo global entre capital y trabajo y sus consecuencias sobre la rentabilidad capitalista es el que no puede ser desplazado, desde una perspectiva marxista, del eje de interpretación de la crisis.¹²

Ciertamente, son muchos los comentaristas que lamentaron este desplazamiento desde el antagonismo capital-trabajo hacia la competencia intercapitalista realizado por Brenner. Sin embargo, es justo señalar que pocas de estas críticas significaron algo más que poner de manifiesto una suerte de “sentimiento de culpa marxista” ante la incómoda omisión de la lucha de clases en cuestión. Aunque estos comentaristas no otorgan papel explicativo alguno a la lucha de clases en sus propias interpretaciones de la crisis del capitalismo de posguerra –ya sea como una crisis derivada de problemas de realización o del descenso en la tasa media de ganancia–, parecen sentirse moralmente impulsados a mencionarla en sus comentarios e incluso a lamentar su omisión por parte de Brenner.¹³ La lucha de clases es así incorporada/relegada en una característica “posición de pero además” (Bonfeld 1992), de la misma manera que en Brenner, aunque implícitamente. Esta incorporación de la lucha de clases en una “posición de pero además” puede resultar “políticamente correcta”. Pero no podemos sino coincidir con Brenner cuando, en respuesta a dos de sus comentaristas, escribe: “la tesis que Foster mismo favorece, de una tasa de excedente creciente que conduce a problemas de realización, depende de la capacidad de las firmas de aumentar los precios sobre los salarios nominales en las industrias concentradas/centralizadas, la cual deriva de las relaciones oligopolísticas *horizontales* de esas firmas entre ellas, y *explícitamente no de la lucha de clases*. De la misma manera, McNally adhiere fuertemente al punto de partida y la estructura básica, si no a los resultados concretos, de la versión tradicional de la tesis marxista de la tasa decreciente de ganancia. Pero esta teoría deriva la tasa de ganancia decreciente, como él dice, de los intentos de las formas de reducir costos para responder a la competencia horizontal comprometiéndose en nuevas técnicas que aumentan la composición orgánica (la relación capital-trabajo) ‘para aumentar la productividad y ganar la batalla por su participación en el mercado’. La lucha de clases no juega ningún papel en ello” (Brenner 1999). En este punto, el desarrollo del “debate Brenner” en su conjunto no deja de generar cierto malestar.

La escala y el mecanismo de la crisis

Este asunto del antagonismo global entre capital y trabajo nos conduce a otro punto importante del estudio de Brenner, esto es, a la escala de su interpretación de la evolución y crisis del capitalismo de posguerra. Bren-

ner afirma: “Tomaré a la economía internacional –la acumulación de capital y la rentabilidad del sistema en su conjunto– como un punto de ventaja teórico desde el cual analizar sus crisis y aquellas de sus componentes nacionales” (pág. 23). Esta elección del mercado mundial como punto de partida del análisis y los cuestionamientos que Brenner dirige contra las interpretaciones –como las regulacionistas– dependientes de marcos institucionales estado-nacionales, no pueden sino estar plenamente justificados. Brenner insiste, con razón, en que una crisis a escala mundial, como la iniciada a fines de los 60, sólo puede ser explicada partiendo de una escala igualmente mundial.

Sin embargo, Brenner no parte efectivamente de la economía internacional en su conjunto, sino de la competencia entre las tres economías nacionales más grandes de la posguerra: la norteamericana, la japonesa y la alemana. EEUU, Japón y Alemania se convierten así en los protagonistas casi exclusivos del estudio de Brenner. Estas tres economías explican buena parte del producto mundial y, en este sentido, la decisión de partir de las mismas está plenamente justificada desde un punto de vista metodológico-empírico. Pero es algo más que una cuestión meramente empírica lo que Brenner tiene en mente. En efecto, Brenner afirma que “fue la combinación de, y la interacción entre, los más viejos y los más tardíos bloques de desarrollo las que determinaron ampliamente a la vez el carácter del largo *boom* y la naturaleza de la larga declinación a la cual dio nacimiento” (pág. 35). La competencia inter-capitalista será tematizada por Brenner, entonces, como un juego de suma cero entre las firmas de esas tres grandes unidades económicas estado-nacionales.

Así pues, en el segundo capítulo Brenner teoriza los inicios del *boom* capitalista de posguerra distinguiendo entre los modos en que entran en la posguerra en los 50 EEUU, por un lado, y Japón y Alemania, por el otro. Mientras los EEUU victoriosos que esquivaron la destrucción de guerra entran con un menor dinamismo porque venían creciendo desde una década antes, Japón y Alemania inician su recuperación mediante un mecanismo de *catch-up* que sigue el liderazgo tecnológico norteamericano. Las variables decisivas son entonces nacionales: una clase obrera norteamericana menos debilitada y de salarios más altos, un interés norteamericano en la reconstrucción de posguerra en el marco de la guerra fría, unas peculiares formas alemanas y japonesas de intervencionismo de estado y de relaciones capital-trabajo e industria-finanzas, unos procesos de crecimiento japoneses y alemanes muy específicos, comandados por las inversiones y las exportaciones, etcétera.

A partir de estas dotaciones iniciales diferenciadas comienza ese juego de suma cero por la participación en los mercados (*market shares*). En los 50 y comienzos de los 60, Alemania triplica su participación en las exportaciones industriales conjuntas de los países avanzados a expensas de EEUU y Gran Bretaña, y Japón –que despegó algo más tarde– más que duplica la suya también a costa de EEUU y Gran Bretaña. Por su parte, EEUU perderá un tercio de su participación en dichas exportaciones conjuntas entre 1965 y 1973, entrando en crisis de balanza comercial ya a fines de los 60.

La virtud de este análisis de Brenner reside en precisar los rasgos diferenciales de la dinámica del capitalismo de posguerra, a menudo sobresimplificados bajo categorías de naturaleza paradigmática como las de un “keynesianismo” o “fordismo” exitoso más o menos uniforme a escala mundial. En este sentido distingue Brenner: “en Alemania y Japón, donde el crecimiento más rápido tuvo lugar, las condiciones de oferta fueron claramente responsables del dinamismo económico (...) En los EEUU, en contraste, la economía se estancó durante los 50, a pesar del subsidio a la demanda mediante los déficits públicos y el crecimiento de la parte de los salarios, y su breve recuperación durante la primera mitad de los 60 fue posibilitada ampliamente mediante la reducción del crecimiento de los salarios” (pág. 91). En espíritu del Brenner historiador –en el sentido de atenerse a las realidades históricas concretas, desde luego, y no en el sentido del convertirse al empirismo ciego que parece dominar la disciplina en nuestro medio– garantiza que en estos análisis se encuentren algunos de los aportes más ricos de su estudio.

No obstante, el capitalismo mundial no es, ni puede ser interpretado como, un mero agregado de economías nacionales. Esto parece acarrear consecuencias negativas para los análisis de Brenner. En efecto, Brenner tiende a minusvalorar empíricamente el alto grado de internacionalización alcanzada por el capital durante la posguerra y los elementos relacionados con dicha internacionalización (el protagonismo creciente de las firmas multinacionales y de los organismos internacionales, la paulatina integración de los mercados financieros, las tendencias manifiestas hacia la formación de precios y hacia la nivelación de tasas de ganancia a escala internacional, etc.). Y tiende, además, a entender teóricamente la competencia inter-capitalista como una competencia entre economías nacionales en lugar de entenderla como una competencia entre capitales cuyas inscripciones territoriales son siempre necesariamente provisionales.¹⁴

Pero detengámonos ahora en nuestro principal asunto, esto es, en la manera en que Brenner interpreta la crisis del capitalismo de posguerra. Bren-

ner afirma que su estudio es “un informe del largo declive (*downturn*) que encuentra la fuente de la declinación de la rentabilidad, esquemáticamente hablando, en la tendencia de los productores a desarrollar las fuerzas productivas e incrementar la productividad económica mediante la instalación de métodos de producción crecientemente baratos y efectivos, sin tener en cuenta las inversiones existentes y sus requerimientos de realización, con el resultado de que la rentabilidad agregada es estrangulada por los precios reducidos ante costos inflexibles a la baja. Explicaré la perpetuación de la crisis –agrega– demostrando que la maximización de beneficios que los capitales encuentran racional seguir en respuesta a la reducción en su rentabilidad no sólo fracasa en resolver el problema que había reducido la rentabilidad en primer lugar, sino que tiene el efecto, de conjunto, de implementar necesariamente respuestas adicionales y racionales que socavan ulteriormente la rentabilidad agregada. Frente a su rentabilidad reducida, numerosas firmas encuentran que tiene más sentido persistir en su línea que dejarla y buscar una alternativa mejor; mientras tanto, muchos de los otros productores con costos aún bajos encuentran individualmente rentable entrar en aquellas mismas líneas, a pesar de la reducida rentabilidad de las líneas. Como consecuencia de la consolidación resultante de la sobrecapacidad y sobreproducción y de la reducida rentabilidad (o aún la ulterior caída), la inversión y el crecimiento del producto declinarán y el crecimiento del salario será cortado, conduciendo, a su vez, a una declinación del crecimiento de la productividad y a una declinación en el crecimiento de la demanda efectiva (a la vez de la inversión y el consumo), que incluso presiona ulteriormente a la baja sobre la rentabilidad” (pág. 24).

Desplegado en una secuencia, este mecanismo de crisis sería pues como sigue:

- 1) nuevas firmas de bajos costos y precios (“*cost-and price-cutters firms*”) irrumpen en una línea de producción presionando a la baja los precios;
- 2) debido a esa afluencia de nuevas firmas, dicha línea se convierte en sobre-capacitada y sobreproductora (se supone una demanda insuficiente como para absorber el producto así incrementado) respecto de la posibilidad de las viejas firmas de altos costos de mantener su rentabilidad previa (una “*over-capacity and over-production, with respect to the *hitherto-existing profit rate**”);
- 3) por ende, esas viejas firmas de altos costos tienden a ser expulsadas de la línea, en un proceso de destrucción creativa de tipo shumpeteriano, pero su relo-

calización en nuevas líneas enfrenta dos grandes restricciones: (a) el peso del capital fijo inmovilizado ya desembolsado o que exige pagos de intereses independientes de su efectiva utilización, y (b) el peso de acervos intangibles (*know-how*, relaciones con proveedores y clientes, etc.); estas restricciones (se supone que no pueden ser superadas) bloquean el mecanismo de ajuste;

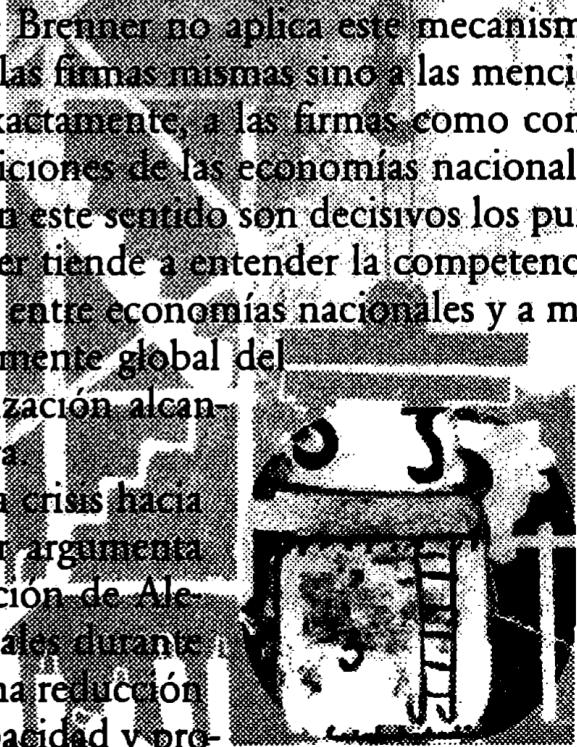
4) por ende, la rentabilidad agregada de la economía desciende (se supone que al menos una parte de aquella baja de los precios de la línea será absorbida por los trabajadores como aumento de los salarios reales);

5) a su vez, la menguada rentabilidad agregada reduce las inversiones, y en consecuencia la productividad del trabajo y del capital, agravando la crisis de rentabilidad; por su parte, el empleo y los salarios retroceden reduciendo el consumo y agravando también la crisis de rentabilidad.

Sólo serían contrarrestantes de estas dificultades de ajuste la capacidad de las viejas firmas de repeler el ingreso de nuevos competidores en su línea y la tendencia de las firmas a no confrontar directamente sino a relocalizarse geográficamente hacia zonas con mejores condiciones. Brenner no examina detenidamente estos factores contrarrestantes ni, más ampliamente, la dinámica competencia-colusión de las firmas. Sin embargo, una ventaja significativa de su análisis es que evita desde el comienzo las exageraciones en relación con una virtual desaparición de la competencia capitalista diagnosticada por algunas de las interpretaciones del capitalismo de posguerra.¹⁵

Es importante señalar, empero, que Brenner no aplica este mecanismo de crisis considerando como agentes a las firmas mismas sino a las mencionadas economías nacionales o, más exactamente, a las firmas como completamente determinadas por las condiciones de las economías nacionales en las que se encontrarían inscriptas. En este sentido son decisivos los puntos, antes mencionados, de que Brenner tiende a entender la competencia intercapitalista como una competencia entre economías nacionales y a menospreciar tanto la naturaleza esencialmente global del capital como la efectiva internacionalización alcanzada por el mismo durante la posguerra.

Así pues, a propósito del inicio de la crisis hacia 1965-73, en el tercer capítulo, Brenner argumenta que el citado aumento de la participación de Alemania y Japón en los mercados mundiales durante los 50 y comienzos de los 60 impuso una reducción de precios que generó un exceso de capacidad y pro-



ducción, mermando la rentabilidad agregada –incluidas la alemana y japonesa– y desencadenando la crisis. La crisis del sistema monetario internacional, la penetración de productos japoneses y alemanes en el mercado de los EEUU, los déficits fiscales norteamericanos, la difusión de la crisis desde los EEUU hacia Japón y Alemania a través de la devaluación del dólar y revaluación del marco y el yen, entre otros fenómenos, son entonces tematizados dentro de esta línea argumentativa. La crisis se habría iniciado en los EEUU debido a esa presión a la baja de los precios resultante de la incrementada competencia internacional determinada por la incorporación de Alemania y Japón a los mercados mundiales, alcanzando su máxima expresión a mediados de los sesenta y generando sobrecapacidades y sobreproducción industriales. Japón alcanzó su cémit entre 1965 y 1970, mediante altísimas inversiones y aumento de la productividad del trabajo, y con ganancias y salarios reales en ascenso en condiciones de pleno empleo; también Alemania, aunque menos espectacularmente; y en ambos casos orientados hacia las exportaciones. La contraofensiva devaluatoria norteamericana de fines de los 60 recuperó parcialmente en ese punto la competitividad de los EEUU, pero extendiendo la crisis a Japón y Alemania que, inmersos en sendas estrategias de reducción de precios para mantener sus mercados, comenzaron a perder rentabilidad desde comienzos de los 70.

Esta interpretación del mecanismo que opera en los inicios de la crisis, por cierto, no carece de ambigüedades.¹⁶ Brenner escribe que “lo que causó una buena parte de la declinación fue (...) la incapacidad de los industriales de remarcar suficientemente sobre los costos debido a la sobrecapacidad y sobreproducción internacional de la industria” (pág. 136), y agrega que esa declinación “fue enteramente determinada por una caída en la razón nominal capital-producto” (id.). Pero ¿cómo debemos entender exactamente esta declinación de la rentabilidad debida a una caída de la relación capital-producto? Brenner parece distinguir, al menos implícitamente, entre productividad del trabajo y productividad del capital, para atribuir –en contraste con la interpretación del *profit squeeze*– el inicio de la crisis a una caída de esta última. Dicha distinción, en un sentido débil, puede ser práctica para ciertas estimaciones empleándola por fuera de un marco de pensamiento marginalista. Pero cabe preguntarse: ¿es utilizable para los fines específicos de Brenner por fuera de su sentido marginalista más fuerte, esto es, como productividad –implícitamente concebida en términos de valores de uso– inherente a un factor capital?

En efecto, parece imposible entender esa caída en la productividad del capital y las propias sobrecapacidades y sobreproducción que la causarían

sin hacer referencia a las condiciones de valorización de ese capital y esas capacidades instaladas derivada de la explotación de la fuerza de trabajo –esto es, en términos de la composición orgánica del capital. En este sentido, como señalara alguno de sus críticos, Brenner parece pecar de una suerte de *smithianismo*.¹⁷

El largo declive y sus perspectivas

Ahora bien, la propia expresión que usa Brenner para referirse a la crisis –la poco usual de declive a largo plazo (*long downturn*)– indica otra faceta de la problemática de la crisis. En efecto, en el cuarto capítulo Brenner pasa de la explicación del inicio de la crisis a la de su prolongación en el tiempo e introduce esta idea de un declive de largo aliento. La clave aquí radica en la explicación de las razones por las cuales la crisis se prolonga, esto es, en el marco de los mecanismos de crisis suscriptos por Brenner, las razones por las que continúan sin operar los mecanismos de ajuste de la sobrecapacidad y sobreproducción.

Brenner argumenta que la respuesta inmediata de la burguesía a la crisis, que se profundiza con la crisis petrolera de 1974-75, es a expensas de los trabajadores. Esta respuesta burguesa, argumenta, impone efectivamente un cambio en la relación de fuerzas entre las clases aproximadamente a partir de 1975: un descenso de salarios y salarios sociales y, recién desde entonces, un descenso en la tasa de aumento de la productividad del trabajo debida a la caída en la tasa de inversión, resultante a su vez del descenso de las ganancias. Advierte en este sentido Brenner que “la caída en el crecimiento de la productividad debe ser vista como un resultado, y no como una causa, de la declinación económica” (pág. 144). Esta ofensiva fracasa en su meta de recuperar la rentabilidad industrial, empero, justamente porque el problema de rentabilidad no radicaba en los salarios sino en la sobrecapacidad y sobreproducción industrial.

La perduración de esa sobrecapacidad y sobreproducción deriva entonces, como señalamos antes, de las dificultades que enfrentan las firmas de altos costos y bajas rentabilidades para abandonar sus respectivas líneas de producción. Brenner advierte convincentemente contra cualquier sobre-simplificación de este mecanismo de ajuste, pues enfrenta la existencia previa de activos intangibles (*intangible assets*) construidos en la línea (información sobre mercados, relación con proveedores y consumidores, conocimiento técnico) y de barreras contra el ingreso en otras líneas (bajas tasas de productividad del trabajo en los servicios, etc.), así como una competencia exacerbada por la intrusión de nuevos competidores (Corea, Taiwán,

Singapur, Hong Kong, y más tarde las economías del sudeste asiático) que contaban con trabajo barato relativamente calificado y técnicas relativamente avanzadas.

Las políticas económicas implementadas desde inicios de la crisis, por su parte, dificultarían aún más dicho ajuste. La política de fines de los 60 y principios de los 70, de gasto deficitario keynesiano para subsidiar la demanda, condujo una posposición de la racionalización y, en definitiva, a la estanflación. La reacción monetarista de fines de los 70, con su austeridad fiscal y su dinero escaso, no haría sino profundizar la recesión. A pesar de su intención racionalizadora, la estrategia monetarista apenas conduciría, en 1981 y 1982, a quiebras indiscriminadas y desempleo, y enseguida sería reemplazada por el keynesianismo militar reaganiano y su aumento de la deuda pública y privada de corporaciones y consumidores. Dada la inversión estancada por la baja rentabilidad, el resultado de estos incentivos keynesianos a la demanda fué por su parte un pequeño incremento del producto a cambio de un gran incremento de los precios. El resultado de la restricción del crédito y las posibilidades de realización de los monetaristas, por su parte, golpeó indiscriminadamente a las empresas menos sobrecapacitadas y más productivas y a las más sobrecapacitadas y menos productivas, dificultando aún más las posibilidades de estas últimas de relocatearse en otras líneas. En síntesis, el resultado es para Brenner que “las firmas de altos costos y bajos beneficios fueron capaces de seguir ocupando posiciones económicas que podrían, en abstracto, haber sido eventualmente asumidas por empresas más productivas, de beneficios más altos y más dinámicas” (pág. 152). La única estrategia que recuperaría la competitividad externa de la economía norteamericana y la haría despegar en los 90 sería, como veremos, la devaluación del dólar posterior a los Acuerdos del Plaza de 1985.

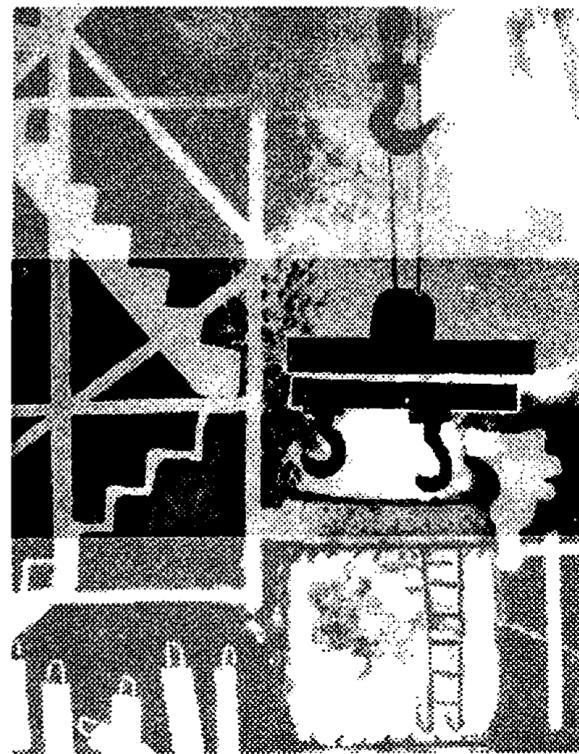
Ya nos referimos con anterioridad a estos mecanismos de ajuste. Agreeguemos en este punto, sin embargo, que no deja de resultar llamativa la escasa importancia que Brenner atribuye a la expansión del crédito –especialmente después del fracaso de la contrarevolución monetarista– como mecanismo de manejo de la crisis de rentabilidad y, más ampliamente, como uno de los rasgos sobresalientes que define el capitalismo contemporáneo. Las complejas relaciones existentes entre capital productivo y capital financiero en tiempos de crisis están simplemente ausentes en el estudio de Brenner.¹⁸

Revisemos para concluir algunas afirmaciones de Brenner sobre las perspectivas de este largo declive. La mencionada recuperación de la competi-

tividad norteamericana durante los 90, argumenta Brenner, fue posibilitada por la devaluación del dólar y a costa de una profundización de la crisis a escala mundial. Considerense aquí el intento japonés de conservar sus mercados, a pesar de que la rentabilidad se reducía debido a la revaluación del yen y al encarecimiento del petróleo, mediante una restructuración y relocalización de procesos productivos hacia el sudeste asiático, así como el ralentizado crecimiento alemán, derivado de su incapacidad para restructurarse. Brenner indica así que “es cierto que un *boom* inversor fue comenzando a materializarse finalmente en los EEUU en respuesta al repente crecimiento de la rentabilidad. Pero la pregunta de si podrá ser lo suficientemente grande y prolongado como para sacar a la economía mundial definitivamente de sus depresiones permanece abierta” (pág. 157).

En realidad, Brenner es decididamente pesimista acerca de estas perspectivas de recuperación. Refiriéndose a la marcha de la economía durante 1990-96 escribe que “el hecho es que el desempeño económico en estos años de los tres países capitalistas líderes, y del mundo capitalista avanzado más en general, fue aún peor de lo que lo había sido durante la recuperación comparable de los 80, la cual había sido ella misma algo menos buena que la de los 70” (pág. 187 –acompañía esta afirmación con series de producto, productividad, salarios reales, stock de capital y tasa de desempleo). Brenner asume, por cierto, que en los 90 hubo una recuperación de la rentabilidad en los EEUU, recuperación que contrasta con el estancamiento de Alemania y Japón, pero advierte que la misma sigue conviviendo con índices de producto, inversión, productividad y salarios peores aún que entre 1979 y 1990. Y a manera de balance señala que “a menos que un *boom* inversor se materialice y sostenga a sí mismo en los EEUU durante la segunda mitad de los 90, la economía mundial arriesga un estancamiento más profundo y quizás peor” (pág. 189).

Es importante remarcar aquí que estas perspectivas descansan, naturalmente, en la manera en que Brenner interpreta las causas de esa recuperación norteamericana, a saber, un continuado retroceso de los trabajadores (reforzado



por el giro de Clinton hacia el equilibrio fiscal desde 1993 y la política de Greenspan en la Reserva Federal), pero con pobres tasas de inversión neta y de aumento de la productividad del trabajo. Escribe en este sentido que “fue el estancamiento de los salarios por bastante más de una década lo que abrió el camino para que la rentabilidad en la economía privada de conjunto transcendiera hacia la segunda mitad de los 90, por primera vez desde el inicio de la recesión de la crisis del petróleo, sus niveles de 1978 y 1989, subiendo sobre su nivel de 1973” (pág. 196). Este factor, combinado con la devaluación del dólar a partir de los acuerdos del Plaza, explican la recuperación de la competitividad y rentabilidad de EEUU, para Brenner, y no aumento alguno en una productividad del trabajo que sigue creciendo menos que en Alemania y Japón y fue “la más baja entre las economías del G7” entre 1985 y 1995.

La adecuada interpretación del comportamiento de la productividad del trabajo en los Estados Unidos queda de esta manera situada en el centro del análisis de Brenner de las perspectivas del largo declive. Esto no es nada anotadizo. El punto también viene siendo motivo de una creciente controversia (asociado durante la segunda mitad de los 90 con la llamada “nueva economía”), en el *mainstream* económico norteamericano.¹⁹ Y ese punto es motivo de toma de posición para Brenner y de controversia para varios de sus comentaristas.²⁰ Esta controversia, sin embargo, sólo puede analizarse con provecho de manera empírica, pues son los propios datos oficiales sobre productividad del trabajo (los mismos que utiliza Brenner en su estudio) los cuestionados, y ese análisis empírico excede los límites de este artículo.²¹ Pero cualesquiera sean las posiciones adoptadas ante esta controversia, los aciertos y errores de este estudio de Brenner son ampliamente independientes de los mismos.

“Si el crecimiento de los salarios puede continuar siendo reprimido así como el mercado de trabajo continuar ajustado y si la rentabilidad industrial (sólo parcialmente, aunque aún así dramáticamente recuperada) puede al menos mantenerse a sí misma mientras la competencia internacional se intensifica –ambos grandes síes– la economía de los EEUU habrá al fin abierto el camino hacia un nuevo *boom* inversor y entonces hacia la potencial superación del largo declive” (pág. 213). Brenner ya había intervenido en esta controversia desatada alrededor de la naturaleza de la recuperación económica norteamericana desde su inicio.²² Y reafirma de esta manera sus posiciones en el cierre de su estudio.

A manera de conclusión

Abriamos este artículo afirmando que la publicación de *The economics of global turbulence* constituyó un acontecimiento intelectual importante, por la propia calidad y profundidad del ensayo y también por la rica polémica que generó entre los principales intelectuales marxistas de nuestros días. El nuevo “debate Brenner”, en efecto, ya puede ser alineado con los grandes debates clásicos que configuraron durante un siglo y medio la tradición de la crítica marxista. Puesto que el marxismo no puede mantenerse vivo sin la confrontación crítica de ideas, el estudio de Brenner, cualesquiera sean sus aciertos y errores, ya tiene en su haber el inmenso mérito de haber contribuido a mantenerlo vivo.

Pero es sabido que la crítica marxista tampoco puede mantenerse viva sin la praxis revolucionaria. El marxismo tendería a convertirse, en su ausencia, en una ciencia positiva destinada involuntariamente a convalidar en el pensamiento la realidad existente. Creemos que esta tendencia perversa no deja de estar presente, a espaldas de los participantes, en algunos momentos del desarrollo del debate Brenner. La omisión de la lucha de clases que empobrece muchas argumentaciones puede interpretarse, en este sentido, como un síntoma del retroceso de la praxis revolucionaria en nuestros días. Desde luego, esta praxis revolucionaria no es cosa que pueda parir sin más nuestro pensamiento, pero nuestro pensamiento puede y debe permanecer alerta ante sus propios síntomas.

- Referencias**
- Ashton, T. H. (ed.) (1987): *The Brenner debate*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Bonefeld, W. (1992): “La reformulación de la teoría del estado”, en AAVV: *Los estudios sobre el estado y la restructuración capitalista*, Bs.As., Tierra del Fuego.
- Bonefeld, W. (1999): “Notes on competition, capitalist crises and class”, en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.
- Brenner, R. (1993), “How Clinton failed to bring the state back in”, en *Against the Current* 8 (47), Detroit, septiembre-octubre de 1993 (parte 1) y 10 (56), mayo-junio de 1995 (parte 2).
- Brenner, R. (1998a): *The Economics of Global Turbulence*, Londres, New Left Review 229, mayo-junio.
- Brenner, R. (1998b): “The looming crisis of world capitalism: from neoliberalism to depression?”, en *Against the Current* 13 (77), Detroit, noviembre-diciembre de 1998 (reproducido en castellano en *Cuadernos del Sur* 28, Bs.As., mayo de 1999).

- Brenner, R. (1999): "Competition and class: a reply to Foster and McNally", en *Monthly Review* 51 (7), New York, diciembre.
- Callinicos, A. (1999): "Capitalism, competition and profits: a critique of Robert Brenner's theory of crisis", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Camejo, P. (1999): "The great bull market vs. 'looming crisis'. On Brenner's theory of crisis", en *Against the Current* 14 (80), Detroit, mayo-junio.
- Cantwell (1991): "A survey of theories of international production", en C.N.Pitelis y R.Sugden (eds.): *The Nature of the Transnational Firm*, London-New York, Routledge, cap.2.
- Carchedi, G. (1999): "A missed opportunity: orthodox versus marxist crises theories", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Clarke, S. (1999): "Capitalist competition and the tendency to overproduction: comments on Brenner's 'Uneven development and the long downturn'", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Duménil, G. y Lévy, D. (1999): "Brenner on distribution", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Fine, B., Lapavitsas, C. y Milonakis, D. (1999): "Adressing the world economy: two steps back", en *Capital and Class* 67, Londres, primavera.
- Foster, J. B. (1999): "Is overcompetition the problem?", en *Monthly Review* 51 (2), New York, junio.
- Freeman, A. (1999): "Crisis and the poverty of nations: two market products which value explains better", en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.
- Glyn, A. y Sutcliffe, B. (1972): *British Capitalism, Workers and the Profit Squeeze*, Harmondsworth, Penguin.
- Goldner, L. (1999): "Total capital' rigor and international liquidity: A reply to Robert Brenner", en *Against the Current* 14 (80), Detroit, mayo-junio.
- Harman, Ch. (1999): "Footnotes and fallacies: a comment on Robert Brenner's 'The economics of global turbulence'", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Holloway, J. (1995): "El capital se mueve", en A. E. Ceceña (coord.): *La internacionalización del capital y sus fronteras tecnológicas*, México, El Caballito.
- Husson, M. (1999): "Riding the long wave", en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.
- Kalecki, M. (1979): "Aspectos políticos del pleno empleo", en M. Kalecki: *Sobre el capitalismo contemporáneo*, Bercelona, Crítica, 1979.
- Laibman, D. (1999a): "Editorial perspectives: global turbulence and capitalist crisis", en *Science and Society* 63 (1), New York, primavera.

- Lebowitz, M. A. (1999): "In Brenner, everything is reversed", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Malloy, M. C. (1995): "On Brenner's politics of U.S. decline", en *Against the Current* 10 (57), julio-agosto.
- Malloy, M. C. y Post, Ch. (1999): "Understanding the unevenness of capitalist development: a reply to Robert Brenner", en *Against the Current* 14 (79), Detroit, marzo-abril.
- Meiksins Wood, E. (1999): "Horizontal relations: a note on Brenner's heresy", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- McNally, D. (1999): "Turbulence in the world economy", en *Monthly Review* 51 (2), New York, junio.
- Moseley, F. (1999a): "The United States economy at the turn of the century: entering a new era of prosperity?", en *Capital and Class* 67, Londres, primavera.
- Moseley, F. (1999b): "The decline of the rate of profit in the post-war United States economy: due to increased competition or increased unproductive labour", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Shaikh, A. (1999): "Explaining the global economic crisis", en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.
- Smith, M. (1999): "The necessity of value theory: Brenner's analysis of the long downturn and Marx's theory of crisis", en *Historical Materialism* 4, Londres, London School of Economics.
- Smith, T. (1999): "Brenner and crisis theory: issues in systematic and historical dialectics", en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.
- Ticktin, H. (1999): "Accumulation and control of labour", en *Against the Current* 14 (79), Detroit, marzo-abril.
- Walker, R. (1999a): "Capital's global turbulence: an introduction", en *Against the Current* 13 (78), Detroit, enero-febrero.
- Walker, R. (1999b): "Capitalism's recurrent self-criticism: an evaluation of Bob Brenner's global economics", en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.
- Weeks, J. (1999): "Surfing the troubled waters of 'Global turbulence': a comment", en *Historical Materialism* 5, Londres, London School of Economics.

Notas

1 Brenner (1998a). Su publicación en castellano fué anunciada por Akal Ediciones.

2 Este planteo general de su enfoque parece a primera vista una formulación marxista clásica y llevó a alguno de sus comentaristas a creer que de eso se trataba. "La gran virtud del ensayo de Brenner es que ofrece un análisis claro, fundamentado y bien documentado del largo declive, basado en la teoría de la tasa decreciente de ganancia de Marx. No es exactamente la perspectiva de Marx sobre el asunto (en la cual la composición orgánica del capital y la decreciente cantidad total de trabajo juega el rol clave), pero está cerca del espíritu de la crítica de Marx: esto es, la primera fuerza para las crisis periódicas del capitalismo es su propio dinamismo" (Walker 1999a, p. 32; también Walker 1999b). Pero esta similitud, como veremos, es sólo una apariencia superficial.

3 Esta relación, sin embargo, puede resultar algo problemática porque Brenner no explicita la manera en que se articula esta contraposición entre crisis precapitalistas y capitalistas con su explicación de la transición hacia el capitalismo. La centralidad conferida a la lucha de clases por el Brenner estudiioso de la transición, en efecto, parece desaparecer por completo en el Brenner estudiioso de la dinámica del capitalismo: en palabras de uno de sus comentaristas, "no hay lucha de clases en el enfoque de Bob" (Ticktin 1999 –el debate alrededor de la teoría de Brenner acerca de la transición se encuentra compilado en Ashton 1987). Meiksins Wood, discípula suya, reafirmó empero dicha continuidad escribiendo que "la dependencia del mercado y los imperativos del mercado existieron antes de que los productores directos fueran expropiados", que "pueden existir aún si los trabajadores fueran reconectados con los medios de producción", y que "son histórica y causalmente previos a la relación entre capital y trabajo vivo" (1999, p.178). En cualquier caso, dirimir esta cuestión no es decisivo en cuanto a la plausibilidad de su análisis de la dinámica del capitalismo maduro, que aquí nos ocupa.

4 Esto implica que evaluar dichas objeciones de Brenner consiste, en realidad, en evaluar las objeciones de Okishio y Roemer, puesto que Brenner no agrega nada importante a las mismas ni respuesta alguna a las numerosas críticas que suscitaron. Esta tarea excede ampliamente los límites de este artículo –para una réplica puede consultarse Shaikh (1999). La relación entre Brenner y el marxismo analítico –con el que mantuvo una fuerte polémica historiográfica en la figura de su fundador, G. Cohen– parece decisiva en este punto, pero no parece serlo más adelante. Adviéntase en este sentido, por ejemplo, que la relación que establecerá Brenner entre la conducta microeconómica maximizadora de beneficios de parte de los capitalistas y sus resultados macroeconómicos, las mencionadas tendencias hacia la sobrecapacidad y sobreproducción, parece incompatible con el individualismo metodológico propio del marxismo analítico.

5 Brenner remite explícita y reiteradamente a un artículo de Kalecki de 1943 (Kalecki 1979), en lo que parece ser una de las principales deudas teóricas de su interpretación del capitalismo de posguerra.

6 Fine, Lapavitsas y Milonakis realizan esta observación en la que, indudablemente, es una de las mejores reseñas críticas del estudio de Brenner publicada hasta el momento. Ellos escriben sin más que "su contribución muestra una fuerte afinidad con el enfoque del *profit squeeze*" (1999, p.51; véase asimismo Clarke 1999).

7 En efecto, Glyn y Sutcliffe sintetizan las causas del inicio de la crisis británica entre 1964 y 1970 en los siguientes términos: "la razón básica del declive en la parte de las ganancias fue el estrangulamiento de los márgenes de ganancias entre los incrementos de los salarios nominales por un lado y la competencia internacional progresivamente más severa por el otro" (1972, p.65).

8 Dumenil y Levy (1999) sostienen que Brenner está empleando implícitamente, en estos razo-

namientos, una teoría kaleckiana de la determinación del salario real por la competencia: para que la caída de los precios originada en la competencia intercapitalista origine una caída en la tasa de ganancia de conjunto, una parte de dicha caída debe ser absorbida por los salarios reales en condiciones de *mark-up* restringido. En las páginas de texto, sin embargo, estos puntos decisivos se reducen a una cuestión de énfasis.

9 Véase en este sentido, en particular, Weeks (1991).

10 Esta es una de las características distintivas del enfoque de Brenner, vinculada a menudo por sus críticos con sus inclinaciones a favor del marxismo analítico y con su mencionada despreocupación de la controversia alrededor de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia (véase Goldner 1999). Varios comentaristas objetaron dicha prescindencia (A. Callinicos, Ch. Harman, F. Moseley, M. Smith, etc.), pero son los trabajos de Carchedi (1999) y Freeman (1999) los que mejor exponen sus implicancias en cuanto a pérdida de capacidad explicativa. La pérdida más lamentable, sin embargo, es la propia centralidad del antagonismo entre capital y trabajo inherente a la teoría marxista del valor.

11 A. Callinicos (1999) parece demasiado urgido por su auto-prescripta ortodoxia cuando, entusiasmado por las críticas de Brenner al *profit squeeze*, las extiende sin más a un “*political marxism*” que incluiría además a los autonomistas italianos, a los derivacionistas alemanes, a Holloway y Bonefeld, a Meiksins Wood y, aparentemente, también al propio Friedrich Nietzsche.

12 Acordarnos pues completamente con Bonefeld cuando escribe: “esta conceptualización del desarrollo capitalista en términos de la relación competitiva entre capital y capital repite (...) el dogma del pensamiento económico vulgar” (1999, p.10). Lebowitz (1999) argumenta correctamente, en este sentido, que es a nivel del antagonismo entre capital y trabajo a escala de lo que Marx denominara el “capital en general”, antes que a nivel de la competencia intercapitalista entre “varios capitales”, que debe explicarse la dinámica capitalista. Sin embargo, el trabajo no aparece en su análisis como polo de un antagonismo, sino como objeto pasivo de un proceso de creciente explotación que conduce a crisis de realización.

13 Una excepción, posiblemente la única, se encuentra en el comentario de T. Smith (1999). Smith rechaza la objeción de que Brenner pasa por alto la lucha de clases en su interpretación del capitalismo de posguerra y propone un esquema donde el antagonismo entre capital y trabajo tendría prioridad desde un punto de vista sistemático y la competencia inter-capitalista la tendría en la explicación histórica. La competencia gozaría de “autonomía relativa” y, en ausencia de un “conflicto abierto de clases”, permitiría explicar la dinámica capitalista. La virtud de este esquema radica en que intenta incorporar la lucha de clases en una posición más precisa que la del “pero además”. Sus defectos son dos. Por una parte, tiende a reducir la lucha de clases a sus grandes oleadas revolucionarias –y en este sentido se refiere a los “niveles de conciencia de clase”, etc.– en la misma medida en que los partidarios del *profit squeeze* tendían a reducirla a los conflictos salariales. Por otra parte, deja sin explicar la sugerente coincidencia entre la gran oleada de la lucha de clases de fines de los 60 y comienzos de los 70 y el desencadenamiento de la crisis a escala mundial.

14 Véase en este sentido Holloway (1995).

15 En este sentido, un partidario de la escuela del capital monopolista de la *Monthly Review*, J. B. Foster (1999), objetó a Brenner que su interpretación de la crisis a partir de la competencia intercapitalista era incompatible con los procesos de concentración y centralización del capital. Brenner (1999) respondió, correctamente, recordando que esos procesos implicaban la supresión de la competencia intercapitalista. “El problema básico con este escenario –en el cual la concentración, centralización y escala masiva dan surgimiento al poder monopolista y el poder monopolista opera una tendencia que aumenta el excedente– es que descansa en definitiva sobre la efectividad de barreras de entrada que son más que temporarias. Pero, si existe alguna tendencia tan marcada en

el capitalismo contemporáneo como esta hacia la concentración, centralización y escala masiva, es la tendencia hacia la incrementada movilidad y movilizabilidad del capital a escala internacional.¹⁶ Para un buen panorama acerca de las investigaciones contemporáneas sobre la dinámica competencia-colusión de las firmas puede recurrirse a Cantwell (1991).

16 Varios comentaristas reclamaron una mayor precisión a Brenner. D. Laibman escribió en este sentido que “sin un cuidadoso y sistemático argumento cuantitativo (un modelo), uno simplemente no tiene forma de saber si las afirmaciones centrales de la cadena de argumentos verbales de Brenner son válidas” (1999, p.107). Este reclamo, poniendo entre paréntesis la manera excesivamente académica en que Laibman lo plantea, está esencialmente justificado.

17 Fine, Lapavitsas y Milonakis señalan también este punto: “su afinidad con la teoría de Adam Smith de la rentabilidad declinante es notoria” (op.cit, pág. 54). Señalan la paradoja que esto acarrea confrontado con sus anteriores polémicas con el “marxismo neo-smithiano” que explicaba la transición en términos del crecimiento del mercado –esto es, Sweezy en su debate con Dobb. Este “smithianismo” de Brenner merece empero una aclaración. Esa referencia cruzada de Fine *et alii* pone en juego, en realidad, dos ideas smithianas distintas. (A) la vinculada al debate sobre la transición corresponde a la explicación smithiana del origen y desarrollo de la división del trabajo en términos de extensión del mercado (esto es, en el Libro I de *La riqueza de las naciones*). Esta explicación es objetable sencillamente porque Smith identifica división del trabajo con división *mercantil* del trabajo; a su vez, el “marxismo neo-smithiano” otrora criticado por Brenner sería objetable por identificar extensión del mercado con capitalismo. (B) la vinculada específicamente con la interpretación de Brenner de la rentabilidad declinante corresponde a la explicación smithiana de la –digámoslo así– dinámica a largo plazo de la acumulación capitalista (en el Libro II, cap. III de *La riqueza...* particularmente). Esta explicación, basada en una suerte de “saturación” de capitales, ya había sido objetada por Ricardo en el cap. XXI de los *Principios...* en términos de falacia de composición. Ambos asuntos son independientes y sólo éste último sería el “smithianismo” objetable en las páginas de Brenner que aquí nos ocupan.

18 Fine, Lapavitsas y Milonakis señalan también este punto, insistiendo en la importancia de la mediación crediticia entre la producción y la circulación y, en función de ello, concluyen que “la relación entre el reemplazo del capital fijo y la rentabilidad también se mueve en la dirección opuesta a la única sugerida por Brenner: la baja rentabilidad en condiciones de recesión puede catalizar el reemplazo de capital fijo” (id., pág. 63).

19 Véase, por ejemplo, el reciente análisis del problema de la productividad del trabajo en EEUU que hace Lester Thurow en *Building Wealth*, New York, Harper Collins, 1999.

20 Véase Brenner (1998). Malloy y Post (1999) le objetaron que la recuperación norteamericana responde a una profunda restructuración productiva desarrollada desde mediados de los 80. Mosley (1999), por su parte, sostuvo que dicha recuperación, lejos de responder a un incremento en la productividad del trabajo derivado de nuevas tecnologías, se debe principalmente al incremento de los flujos de capital hacia los EEUU de 1993 en adelante.

21 Debe advertirse, con Brenner, contra afirmaciones cuyo contenido es eminentemente empírico y que, sin embargo, no van acompañadas de evidencia empírica alguna. Un caso sorprendente se encuentra en un comentario de Camejo (1991), quien realiza un cuestionamiento generalizado de los datos de Brenner sin proponer empero otros alternativos.

22 Véanse al respecto sus intervenciones previas, motivadas en el mencionado giro de Clinton hacia el equilibrio fiscal (Brenner 1993 y 1995), y la respuesta de M. C. Malloy, una discípula de Shaikh (Malloy 1995).